DELICIAS DEL

1

233707



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233707

47/1505183

Delicias del amor

I

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Luisito preguntó, al mismo tiempo que empujaba la puerta del despacho:

—¿Se puede pasar?

—Adelante—repuso con acento breve una voz autoritaria y varonil.

Luisito, avanzó. Su padre, el poderoso don Antonio X, aquel terrible capitalista cuyas jugadas hacían temblar la Bolsa, estaba en pie delante de él, mirándole severamente al través de los cristales de sus lentes de oro. Sobre su chaleco blanco relucía la gruesa cadena de su reloj. Era un señor de mediana estatura, calvo, un poco tripudo y tan aficionado a mujeres como cualquier hijo de vecino; lo que no le impedía tener un aspecto serio, grave, casi imponente.

—Buenos días, papá—dijo el mozalbete, inclinándose, con cierto embarazo.

—Buenos días.

R. 3224103

—¿Ha descansado usted bien?

—Perfectamente. Pero di, qué quieres; porque estoy deprisa: tengo mucho que hacer.

—Pues... yo venía a recordarle a usted...

—¿Que te marchas hoy?

—Sí, señor?

—¿Y necesitas dinero?

—Sí, señor.

Don Antonio torció la boca; era un gesto muy característico en él, que repetía siempre que las circunstancias le obligaban a rascarse el bolsillo.

—¿Cuánto quieres?—preguntó tras algunos momentos de reflexión.

Luisito, repuso bajando los ojos con aire hipócrita:

—Quinientas pesetas, si a usted le parece...

—¡Dos mil reales!—exclamó el banquero poniendose muy colorado.

—¿Cree usted que es mucho?

—¡Naturalmente!... Te olvidas de que estamos a fin de año y que ahora necesitamos hacer balance general. Ayer, precisamente, Pérez debió traerme quinientas pesetas, y no vino. ¡Con estos majaderos tramposos, hay para perder la paciencia!

Apesar de tales razones, Luisito se atrevió a responder:

—Sin embargo... ¿qué menos puede llevar el hijo de un banquero como usted?

Don Antonio X, sintiéndose halagado en su vanidad de hombre rico, sonrió ligeramente.

—¿Cuánto cuesta el viaje de aquí a N.?—preguntó.

—Cincuenta pesetas.

—¿Y cuántos días estarás allí?

—Diez, por lo menos; pues a razón de cuatro duros diarios (lo menos que debo gastar para no desprestigiar la firma de usted), son cuarenta duros! ya tenemos, pues, doscientas cincuenta pesetas; más otras cincuenta del regreso, trescientas pesetas. El resto puedo emplearlo en comprarle a la tía Lola la sombrilla que tantas veces me encargó y en llevarle al tío Hilario una escopeta de dos cañones.

Don Antonio se dió por convencido.

—Bueno—dijo,—toma y no hablemos más.

Abrió la caja de valores, que tenía en el ángulo más resguardado de su despacho, y entregó al mozalbete un billete de quinientas pesetas. Luisito, lleno de emoción vivísima, besó la mano que tan paternal y pródigamente acababa de cubrir todas sus necesidades.

—¿A qué hora sale el tren?—preguntó

don Antonio.

—A las seis de la tarde... pero yo me marcharé de aquí después de almorzar para tener tiempo de despedirme de algunos amigos.

—Bien, hijo mío; pues vete con Dios y buen viaje.

—Adiós, papá; hasta la vuelta.

Se besaron en las mejillas y Luisito salió del despacho, haciendo grandes esfuerzos sobre sí mismo para no ponerse a dar brincos; tan leal, tan inmensa, tan loca era su alegría.

—¡Al fin mi Saturnina se ha salido con la suya!—iba diciendo Luis.—Valiente tarde de amor se me prepara.

Por su parte, don Antonio, algo menos contento que su hijo, se quedó pensando;

—El viaje de este travieso chiquillo me ha fastidiado. Por un lado, los dos mil reales que Luisito acaba de llevarse; por otro, las quinientas pesetas que el grandísimo trápala de Pérez no me ha traído... ¿Y cómo me las arreglo yo ahora para darle a Encarnación los cien duros que necesita?... ¿Y que a esa, «como no vea dinero, no hay quien la abra de brazos»!

Acabó por encender un cigarro puro y sentarse a trabajar, exclamando filosóficamente:

—¡Vaya, así como así, no hay que desesperarse! ¡Todo se arreglará!

II

Al salir de su casa, Luis dió al cochero las señas del domicilio de Saturnina.

La joven, que estaba muy falta de dinero, le esperaba en el balcón, presa del mayor interés. Luis subió la escalera, salvando los peldaños de tres en tres y llevando su maleta como quien lleva una pluma. Saturnina salió a recibirle; era hermosa y gallarda y vestía una bata azul de seda, que quitaba el conocimiento.

—¿Cómo, chico?— exclamó — ¿Vas de viaje?

—Esta noche, de modo que pienso darme un verde contigo como para mí solo.

Ella le interrumpió con grosero interés.

—¿Tienes dinero?

—¡Claro, que sí!... Las quinientas pesetas que me pediste.

—Entonces estamos bien. ¡Ay qué rico eres!

Luisito tenía el pulso agitado; ella, viéndole tan cachondo, se reía a carcajadas. El la acariciaba los riñones y el cero.

—¿Cómo quieres besarme?

—De perfil.

—A tu gusto, riquito... que para eso estoy yo, para que mi dueño disfrute.

Se colocó sentada sobre las piernas de él, de suerte que su cimbreante cuerpo quedó de costado frente al pecho de Luis y rodeando con su brazo derecho la cintura de éste. En esta actitud los pechos aparecían rígidos y duros, el talle quebrado, las nalgas salientes. Saturnina comenzó a mover el divino rostro, describiendo con sus rojos y frescos labios un molinete primoroso. Luis la cogió por el talle con ambas manos y luego, según iba poniéndose cachondo, fué adelantando los dedos hasta metérselos en el espléndido descote.

—¡Ay... ay... Saturnina!

—¿Qué, me quieres mucho? ¿Vas a darme tu sangre?

—Sí, reina,.. te daré mi vida.

Después de aquel rapto amoroso, descansaron un ratito, o mejor dicho, quien tuvo que descansar fué Luis, porque Saturnina no se había fatigado.

Después echaron otro parrafito amoroso colocados en silla y delante de un armario de luna, porque el mayor capricho de Luis era estar viéndole el dorso a su querida mientras la besaba, pues lo tenía bien formado y muy hermoso.

Llegó la hora de cenar y se levantaron para pasar al comedor, donde la criada de Saturnina acababa de preparar la cena.

Iban a dar las ocho.

—Me parece—dijo la joven irónicamente —que ya no te marchas en el tren de las seis.

—Eso creo; pero, en fin, puesto que no tengo más remedio que irme, lo haré en el expreso de las nueve.

—¿De veras?

—¡Qué quieres! ¡Es preciso!...

Saturnina apenas pudo contener un suspiro de alegría; esa alegría vivísima de liberación que experimentan las «amigas» cuando el «fulano» se va; Luis, por su parte, parecía muy contrariado. Cuando acabaron de cenar, ella le recordó las quinientas pesetas ofrecidas.

—¡Recajo, pues es verdad!—exclamó él; —¡ya no me acordaba!

Y agregó sacando de la cartera el billete que horas antes le había entregado su padre.

—Aquí los tienes.

—Gracias, perrillo mío... ¡Cuánto te quiero!... Y agradezco tu socorro tanto más cuanto ese dinero estaba haciéndome una falta horrible.

Se despidieron cambiando muchos besos, y obligándose Luis a escribir tan pronto llegase a N.

III

En cuanto cerró la puerta, Saturnina volvió a suspirar:

—¡Que niño tan empalagoso!—exclamó—¡gracias a Dios que se ha ido!...

Enseguida se dirigió a su gabinete y apoyó un timbre, Julia, la criada, acudió:

—¿Qué manda la señorita?

Saturnina repuso sin poder dominar su inquietud;

—¿Ha venido el señorito Emilio?

—Sí, señorita, y me dió esta carta para usted.

La joven cogió el papel que su sirviente la entregaba, rompió el sobre presurosa y leyó:

«Luego, a las dos en punto de la madrugada iré a verte. Como no me hayas conseguido lo que ayer te pedí con tanta urgencia, juro que vas a acordarte de mí».

Saturnina recobró su aire habitual, impasible y feliz.

—Esta noche—dijo—no estoy para nadie. Cuando el señorito Emilio venga, le haces pasar.

—Bien, señorita.

Saturnina penetró en su dormitorio, se aligeró completamente y luego empezó a lavarse cuidadosamente el cuerpo bello y seductor. Después se perfumó todas sus bellezas con esencia de violetas.

—Esta noche—pensaba la joven contemplando con orgullo coquetón sus gracias reflejadas en un espejo—estoy dislocante; el pobrecito Emilio de mi alma, como venga con ganitas de jaleo, va a llenarme de besos hasta por los ojos...

Hacía más de una hora que dormía profundamente, cuando la llegada de Emilio la despertó.

—¡Hola!—exclamó la joven sonriendo con expresión dichosa—¿eres tú?

El la observó algunos momentos duramente. Era una especie de torerillo, alto, fornido y mal encarado.

—¿Me tienes eso?—preguntó.

Saturnina replicó, sin otro propósito que el de jugar un poco con el corazón del mozo:

—¿Te hace mucha falta?

—Muchísima.

—De modo que si no hubiera podido conseguirlo...

—Te rompía el alma, grandísima tía—interrumpió Emilio dirigiéndose hacia la joven con el brazo levantado y amenazador.

Ella soltó una carcajada.

—No pegues—gritó— no seas bruto... ¡Ay, que tío erés más rico!

—¿Tienes eso?—insistió Emilio que no parecía dispuesto a dejarse embaucar con garatusas.

—Sí, hombre.

—¿Dónde?

—Ahí en la mesilla de noche.

Emilio registró lo gaveta que su querida le indicaba, y al ver el billete de las quinientas pesetas, su entrecejo, hasta entonces hosco, se iluminó.

—Menos mal—murmuró.

Por sus labios carnosos, ennegrecidos por la nicotina, vagó una sonrisa de satisfacción.

—¿Quedas ya contento?—dijo.

—Sí, rica.

—Tócame el pulso—dijo—verás cómo tengo la excitación.

Pero él repuso displicente;

—¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué, rey mío?

—Que eso de besar por delante va siendo muy antiguo...

—Si te éntiendo, que me maten.

—¡Vaya, mujer! Por eso no te apures; te lo diré más claro: que quiero morderte la espalda.

—Pero... vida... murmuró—eso va a dolerme mucho...

—No importa; necesito disfrutar de tu dolor.

¡Ea!—exclamó! pues, no quiero!

Por toda contestación, él la soltó una bofetada y luego de forzarla a ponerse boca abajo la dió tres mordiscos terribles a lo largo de la espalda.

—¡Ay, chulo de mi alma!—balbuceó Saturnina temblando de dolor y de voluptuosidad.

Lejos de defenderse, la joven se entregaba a merced de su verdugo dócilmente, quebrándose de cintura, abriéndose de brazos para que él disfrutara mordiéndola a su antojo. Esta pasividad exaltó la vehemencia de Emilio, quien después de humedecerse las manos con un poco de saliva,

como hacen los labradores al coger la azada, la obligó a ponerse de rodillas y apoyada sobre las palmas de las manos, y comenzó a darla una azotaina de padre y muy señor mio. La rica y blanca carne de la joven se sonrojaba con los cachetes del furibundo tirano, proporcionando, poco a poco, a los dos, nuevas y dulces sensaciones.

—Ya me siento dichoso—murmuró Emilio tras algunos pares de cachetes, atizados con verdadera energía.

—Goza, rico... ya sabes que mi gusto es complacerte en todos tus caprichos por raros que sean, aunque en ello me vaya el pellejo.

—¿Y tú no sientes bienestar con la sangre caldeada por los azotes?

—Esto es lo raro. Al principio me dolía, pero ahora me gusta. Siento dolorcillo y placer al mismo tiempo y me gustaría que repitieses la suerte a menudo.

Luego se volvió, rápida y agarrándose al cuello de Emilio le colmó de caricias y de besos en los ojos, en el cuello, en las orejas y en los carnosos y febriles labios de donde con un fuerte mordisco se quedó de ellos pegada, hasta caer desvanecida por dicha tanta.

Así, en menos de una hora y sin cambiar



de actitud, recibió la joven dos tundas más con fuertes mordiscos en el cuello y espalda.

Al día siguiente, Emilio se levantó temprano.

—¿Vas a casa de tu principal?—preguntó la joven.

—Ahora mismo.

—Por Dios, Emilio, que no seas loco... que no pienses más en el juego...

El replicó con aire tranquilizador.

—Pierde cuidado, rica. Las quinientas pesetas deben quedar depositadas en la caja inmediatamente, antes del arqueo de esta tarde. Ya comprendes que esto yo no lo echo a broma. Sin ese dinero que has sabido buscarme, tengo la seguridad de que esta noche la paso en la cárcel.

Por el lindo rostro de Saturnina pasó una expresión de alegría inefable.

—¿Te acordarás siempre de ello?—dijo.

—Siempre, vida.

—¿Y me querrás mucho?

—Toda la vida.

—Bien; no dejes de venir esta noche. Todavía no te has ido y ya estoy deseando volver a comerte a besos.

IV

La historia que Emilio refirió a Saturnina apropósito de las quinientas pesetas que sustrajo de la caja de su principal para luego perderlas estúpidamente en la timba de un círculo de ínfimo orden, había sido una pura invención.

Así fué que, en cuanto salió de casa de su querida, se dirigió en busca de Don Clemente, que era a quien realmente se las debía. D. Clemente estaba acabando de tomar el desayuno, cuando Emilio llegó.

—¿Da usted su permiso?—preguntó éste empujando suavemente la puerta del comedor.

—Adelante—repuso D. Clemente.

Y al reconocer a Emilio añadió mirándole con amenazadora expresión por encima de sus lentes;

—¡Es inútil que venga usted a pedirme un nuevo plazo! ¡No espero ni un día más!

—Pero, D. Clemente—repuso Emilio con suave ironía—si vengo precisamente a lo contrario; vengo a traerle a usted su dinero.

—¿Todo mi dinero?

—Todo; aquí lo tiene usted; quinientas

pesetas; ¡dos mil realazos!

Don Clemente, completamente transfigurado, extendió las manos a Emilio, pidiéndole mil perdones por sus exigencias nacidas, no de mala amistad, si no de los apretados compromisos en que la fatalidad suele poner a los hombres de negocios. Acabaron por beber algunas copitas de buen coñac y se despidieron asegurándole Don Clemente a Emilio que no tuviera reparo en acudir a él siempre que lo necesitase.

Ahora bien: aquellos cien duros le vinieron a D. Clemente como anillo al dedo; porque mis lectores deben saber (y para decírselo estoy yo aqui), que D. Clemente, amén de viejo y de usurero, era libertino y estaba en relaciones con Joaquinita, una muchacha de trece años, hija de un carbonero, quien por amor a los durillos de D. Clemente, dejaba que éste se llevara la muchacha a su casa casi todas las noches.

Pero hacía un mes, próximamente, que el viejo sátiro, cuyos asuntos económicos no andaban bien, defendía su dinero, por lo que el carbonero, que sabía que a los hombres viciosos se les sujeta y domina únicamente por el corazón, prohibió a la muchacha volver a casa de su querido. Don Clemente esperó a Joaquina tres días, cua-

tro... al fin, exasperado, no pudiendo resistir los ímpetus lascivos de su amor, tuvo una explicación con quien él llamaba cínicamente «suegro». El carbonero, que era un miserable, le recibió con cara de pocos amigos. Los ruegos y hasta las lágrimas de D. Clemente, no le hicieron mella.

—Si quiere usted continuar besándose con mi chiquilla—dijo—tiene usted que darme quinientas pesetas. Sin eso. no piense usted en nada, porque Joaquinita no sale de casa.

Apretado por las exigencias del carbonero fué por lo que D. Clemente se revolvió como un tigre contra Emilio, poniéndole en el trance que éste, según vimos en el capítulo anterior, supo resolver gracias a la maternal generosidad de Saturnina; y huelga decir que, apenas salió Emilio de casa de D. Clemente cuando éste, vistiéndose presuroso su gabán y su sombrero, corrió en busca del «suegro».

Eran las once de la mañana. Al ver a don Clemente, el carbonero sonrió, comprendiendo que aquella visita tan intempestiva sólo podía obedecer a un motivo agradable.

—¿Me trae usted las quinientas?—preguntó.

—Aquí las tiene usted—exclamó don

Clemente, a quien la emoción apenas permitía hablar.

Y le entregó aquel maravilloso billete que, en menos de veinticuatro horas, había ido pasando por las pecadoras manos de don Antonio, de Luisito, de Saturnina y de Emilio, para caer finalmente entre las sucias garras del carbonero.

Don Clemente añadió:

—Ahora, ya sabe usted que la niña se viene a almorzar conmigo.

La orgía que el prestamista y su querida celebraron aquella tarde fué estupenda, porque si don Clemente era aficionado a los manjares tiernos, Joaquinita enloquecía de gusto cuando se trataba de ciertos refinamientos de gente vieja.

Lo primero que don Clemente hizo fué poner bien cómoda a la muchacha, que era, realmente, una chiquilla muy guapa, con muy poco grosor en las carnes y unas protuberancias terriblemente desmigantes, blancas y redondas como bolas de manteca.

—¿Tenías ganas de verme?—balbuceó el sátiro cuyos ojos se hallaban inyectados en sangre.

Sí, señor... y hasta he llorado mucho pensando en usted.

—¿De veras?

—¡Que no disfrute hoy, si miento!—exclamó Joaquinita extendiendo la mano derecha como para jurar.

—¡Qué rica!... Yo también he derramado lágrimas pensando en ti; a veces me parecía que no iba a volver a verte...

Así diciendo, la colocó de pie delante de la cómoda, pero echada de bruces sobre el mármol, de modo que el lindo ondulado quedase retador. Hecho esto comenzó a besarle minuciosamente la nuca, la espalda, las orejitas... llegando en este besuqueo descendente a sentarse en el suelo, con objeto de poder acariciarle también los pies. Luego se levantó, abrió los brazos amorosos y tomó entre ellos a la preciosa joven que en aquellos momentos estaba verdaderamente encantadora con el pelo tendido. Acto seguido aproximó sus labios carnosos y febriles a los frescos y carmíneos de Joaquinita y comenzó un graneado de besos sobre ellos y pequeños mordisquitos, que hacían perder el sentido a la chiquilla.

Don Clemente resoplaba como una locomotora, y Joaquinita suspiraba también, mareada por las caricias del usurero que, en eso de manejar los labios, era una especialidad.

—¡Ay don Clemente de mi alma!..

—¿Qué, paloma mía?
—Que me muero de gusto.
—Toma mi amor...
—¡Démela.,. usted... por Dios...
—Recíbelo en tus labios de clavel...

Así continuaron adorándose, casi sin cesar, toda la tarde y toda la noche, hasta el día siguiente.

¿Qué quieres lector?

Quinientas pesetas dan derecho a mucho.

V

Mientras esto sucedía, el carbonero que, allá a su modo, era lo que los comerciantes llaman «un hombre decente», se fué al despacho de Pérez, el agente de Bolsa, quien tres meses antes le había prestado dos mis reales a cambio de un simple recibo.

La primera pregunta de Pérez fué:
—¿Me trae usted dinero?
—Sí señor.
—¿Cuánto!
—Quinientas pesetas.
—¡Corcho!... ¡Dios se lo pague a usted!

Y el excelente hombre estuvo a punto de echarse a llorar. El carbonero no pudo menos de decir:

—¿Tan mal anda usted de dinero?
—No solamente no tengo medio mara-

vedí—repuso Pérez— si no que hace un momento don Antonio, el banquero, me ha enviado con su secretario una carta en la que dice que va a maldecirme hasta los huesos, si no le pago hoy mismo los cien duros que le adeudo...

Un momento después, don Antonio recibía, juntamente con una tarjeta de Pérez, el billete de quinientas pesetas que éste cobró del carbonero.

Don Antonio, que acababa de almorzar y estaba de buen humor, tuvo una sonrisa de gozo y permaneció algunos momentos indeciso, contemplando con aire pensativo el precioso papel. Su fino instinto de banquero presentía algo raro.

—¡Cualquiera diría—pensó—que este billete había pasado hace poco por mi mano!...

De pronto exclamó;

—¿Pero a mí, quién me mete a discurrir en estas tonterías?... Por lo pronto, vámonos a buscar a la *socia* que debe de estar echando lumbre conmigo.

Cuando don Antonio se presentó en el domicilio de Encarnación, ésta salió a recibirle hecha un basilisco.

—¿A qué vienes aquí?—gritó.
—A verte.
—A verme y, de paso, a besarme.

—Te diré...

—Pues, acerca de lo último, perdone por Dios, hermano...

—Eso, según...

—¡Cuernos! — repuso la joven enfurecida.

Don Antonio contestó sonriendo con mucha cachaza;

—¿Te apuestas algo a que, dentro de media hora, estás abrazada conmigo?

—Me parece que no.

—¿A que si?

—Repito que no; yo, con marrulleros, no me festejo.

—¿Y si yo te trajese un regalito?

—¿Los dos mil reales que te pedí?

—Precisamente.

—¿Me los traes?

—¡Tómalos; en un billete!—exclamó el banquero con aire triunfante.

Encarnación, traspuesta de júbilo, se desplomó entre los brazos de don Antonio.

—¡Qué rico eres!—exclamó.

Enseguida sé sentaron y se dieron un soberano curso de amor, en el cual la joven desplegó los mayores recursos de su arte, tales como darle pellizcos a su querido, hacerle cosquillas en la espalda y apretarle los oídos y el gaznate, o sea aquella parte comprendida entre la barba y el pecho. Ul-

timamente y cuando comprendió que el banquero ya se desvanecía; le introdujo un dedo en el sobaco, con lo cual don Antonio experimentó un sacudimiento de placer indecible.

Después, tras algunos momentos de descanso, los dos sintieron necesidad de hacer cosas raras.

—¿Quieres echar un vals por el salón?—preguntó Encarnación.

—Eso, chica, ya es antiguo.

—¿Quiéres darme otro mordisco?

—¡Bah!...

—¿Cómo? ¿Tampoco te acomoda?

—¡Lo hemos hecho, así tantas veces!...

—Pues, hijo—replicó Encarnación con cierto enojo—yo no sé más cosas...

El no respondió y encogióse de hombros. Hubo un pequeño intervalo de silencio. De pronto don Antonio, que estaba entretenido en besar los rizitos rubios de su querida, exclamó:

—¿Y si te flagelase un poco?

—Estoy a tu disposición.

—Corriente—repuso don Antonio—yo oficiaré de verdugo.

—¿Cómo?

—Quiero decir que los suaves cachetes que te dé en un principio, acabarán por ser verdaderos manotazos y trompadas;

pues cuando yo estoy entrenado, ya no sé lo que me hago y voy derecho al bulto, atizando guantadas a diestro y siniestro.

Encarnación le acarició un poco más y se dispuso al sacrificio. Al principio sentía bienestar, luego dolor y más tarde placer inmenso.

Luego, cansados de tanto jaleo, permanecieron recostados el uno al lado del otro, sumido cada cual en complejas reflexiones.

Ella pensaba:

«Este tiazo me muerde a su gusto, pero... ¡qué corcho!... Su dinero le cuesta.»

Y él:

«La combinación ésta no me ha salido mal. Así como así, los dos mil reales de Pérez ya los creía perdidos. Pérez, por tanto, es quien, realmente, me paga estos besos.

. . . . . .

De todo lo cual resulta que con el mismo billete de quinientas pesetas quedaron alegres y en paz y libres de todas sus trampas, Luisito, Saturnina, Emilio, don Clemente, el carbonero, Pérez, don Antonio y Encarnación.

¡Oh, dulces misterios de las matemáticas!...

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amoroass.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del Amor.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.